

Robert, tu has venido a meter fuego en este mundo frío. Pero tu luz —la luz de tus imágenes movientes— brillará entre las tinieblas y las tinieblas no la aceptarán.

Sigue adelante, sin embargo. Porque con esa medida de amor y comprensión con que nos mides a los hombres, serás tu también medido y recompensado.

No nos importa que seas tardo en pensar y realizar tu obra. Mejor. Necesitamos un mensaje maduro y reflexivo. Así tu palabra —tu “logos”— encarnada en imágenes sobrias, vigorosas y sinceras, agitarán nuestra despreocupada conciencia rutinaria hasta elevarla al nivel de tu máxima preocupación que debe ser también nuestra: el hombre. Esto ya nos lo enseñó Aquel que para “elevar a sus semejantes a un plano superior”, mucho más excelso que el que tú pudieras soñar, puso entre nosotros su morada y nos habló con la sinceridad, la sobriedad y el vigor de su Sangre.

Por eso hoy —al oír tu voz desde la Estafeta— he sentido tu mano estrecharse entre las mías. Y te doy las gracias, Robert.

Ignoro cuál sea tu confesión religiosa. Pero no dudo de que en los labios de Cristo se han formado para tí las mismas palabras que dijo a aquel intelectual de Jerusalén: “No estás lejos del Reino de Dios” (Marc. 12, 34).

Fernando Jiménez Hernández-Pinzón, S. J.

FAMILIA ESPAÑOLA

Agosto-Septiembre 1961. «EL COMUNISMO, ENEMIGO DE LA FAMILIA»

por Pedro Richards C. P.

Todo lo sabemos y lo repetimos: “El comunismo es enemigo de la familia”. Pero, ¿por qué? Quizás muchos para responder a esta pregunta se sirvan de tópicos a veces cargados de inexactitudes. En este número de la revista “Familia Española” se nos habla con seriedad sobre el tema. El P. Richards apunta una serie de razones... No pretendo discutir ni rebatir ninguna de ellas. Son todas buenas. Sólo quiero insinuar otras y proponer otro punto de vista.

¿Por qué el comunismo es enemigo de la familia? Para responder a esta pregunta es necesario precisar que para Engels —el teórico de la doctrina familiar comunista— el constitutivo esencial del concepto “familia” lo forma la denominación “burguesa”. Familia y burguesía se identifican. De aquí que los teóricos marxistas destruyan la concepción cristiano-occidental de la familia para instaurar una nueva, “comunista”.

Creo que es ésta la base ideológica próxima de donde parte el ataque contra la familia. Considero preferible poner aquí el punto de partida sin necesidad de recurrir al principio abstracto de la evolución de la materia como hace el P. Richards: “Para ellos hay una sola cosa: la materia. Todo ha salido de allí: la persona, la familia... Siendo todo una misma cosa y estando en evolución, se creen con derecho a cambiar la familia”. No niego que esta evolución sea el substrato metafísico inherente a todo pensamiento comunista, pero es necesario analizar conceptos y razones más inmediatas para comprender mejor el esfuerzo comunista por destruir “nuestra” familia.

La familia —para los teóricos comunistas— es producto de un determinado régimen económico: el capitalismo. Engels estudia en su obra "El Origen de la Familia", cómo a lo largo de la historia, la familia ha ido revistiendo formas diferentes paralelamente a las formas económicas del momento. La familia monogámica estable es una invención de los capitalistas preocupados por la transmisión de las riquezas.

Esta familia "burguesa" es causa de que el hombre y la mujer vivan en un estado de hipocresía y opresión. Hipocresía, porque el matrimonio "burgués" implica una estabilidad legal, una fidelidad que prácticamente nunca se cumple. Por eso, para Marx y Engels, la lacra social de la prostitución se debe a esta situación familiar. Opresión, porque la familia burguesa ha consagrado definitivamente la servidumbre de la mujer. "Para el burgués —dice Marx— su mujer no es otra cosa que un instrumento de producción". Y así en el matrimonio monogámico estable aparece claramente la opresión de clases, la del sexo femenino por el masculino. Además con el pretexto de mantener a la mujer en el hogar, se la embrutece y se la separa de los negocios públicos y de la producción social. Como se ve, desconoce en absoluto el concepto y la realidad de la familia cristiana.

Supuesta esta concepción, los medios que enumera el P. Richards como instrumentos eficaces de destrucción de la familia son consecuencias de las premisas expuestas: "licencia sexual", "anticonceptismo", "hogares sin padre"... aunque el P. Richards apenas si menciona la importante evolución ideológica de los recientes teóricos rusos postalinianos.

Para los comunistas es necesario instaurar una nueva familia liberadora de la opresión del matrimonio "burgués" y donde reine un clima de mutua sinceridad y amor. De aquí la unión libre, preconizada por ellos. No quiere esto decir que Marx y Engels defiendan un libertinaje a ultranza. Su concepto del derecho al amor es precisamente lo contrario del derecho al desorden sexual. Este pensamiento es repetido frecuentemente en la literatura comunista muy severa para con la prostitución y el placer separado del amor, e inclinada a cierto ascetismo y cierta castidad. Lo que Marx y Engels no aceptan es el matrimonio insoluble. Mientras dure el amor entre un hombre y una mujer, este amor es exclusivo; pero, cuando cesa, el matrimonio se extingue con él y los contrayentes quedan libres.

La nueva familia "comunista" está, pues, instaurada sobre la base del "verdadero amor" y de la libertad. Esta libertad individual determinará el advenimiento de los hijos al margen de toda obligación moral. Y el interés supremo del proletariado orientará las iniciativas de los esposos, con lo que no se evita absolutamente todo nacimiento. El hombre en su dignidad de padre queda reducido a una pieza de la máquina estatal. Los hijos dependen en su educación del Estado, única y exclusivamente. Así la nueva familia es una familia sin hogar, que desconoce absolutamente los derechos educacionales de los padres.

¿Es éste el pensamiento actual de los dirigentes comunistas? Como brevemente dice el P. Richards, ha habido una evolución. En lo que afecta a la educación de los niños nada se ha modificado: los hijos pertenecen al Estado. Pero en el campo de la estabilidad del hogar y de la procreación ha habido una importante evolución. La experiencia de la libre unión y del aborto conducía a Rusia a un desastre social, y los médicos y economistas dieron la voz de alarma. Stalin en 1936 fue el ejecutor de este retroceso

evolutivo. Desde entonces el gobierno ruso ha llevado una política amparadora de la estabilidad familiar para sus fines materialistas. La sana biología nacional pide castidad prematrimonial; el divorcio es factible, pero difícil de conceder y pecunariamente casi imposible; se premia la natalidad juntamente con la transmisión en los hijos de la doctrina comunista. Es una evolución de orden práctico, no de principios morales.

El comunismo es, pues, enemigo de la familia, porque aniquila la sobrenaturalidad del estado matrimonial. Desconoce la dignidad de los esposos que para él son meros "productores" biológicos. Entroniza la superioridad colectivo-estatal sobre la familia y reduce el amor a un mero instinto y necesidad física. Los esposos, el amor, los hijos, son meros materiales burocráticos del Estado.

Francisco Caballero, S. J.

INDICE

Junio - Julio, 1961 «ACTITUDES ANTE LA REVOLUCION DE IBEROAMERICA»
por José Luis Rubio

En el ciclo "Visión del mundo iberoamericano" intervino José Luis Rubio con esta conferencia, que publica Indice. Nos dice Rubio que más que una conferencia, es un índice de cuestiones, para introducir el tema de un coloquio. Escribimos estas breves líneas como una aportación de última hora a ese coloquio.

La primera parte del trabajo es un recio aldabonazo a la conciencia del lector. Tremenda visión sintética del mundo iberoamericano, sobre todo en su aspecto cultural y económico. La mitad o más de la población se encuentra mal nutrida. La mitad de la población sufre de enfermedades infecciosas. Dos tercios de la población desconoce los beneficios de la Seguridad Social. Siguen todavía los trazos negros, de pesadilla, que completan la visión de ese mundo infinitamente retrasado.

De cara a esa realidad, la exigencia revolucionaria, de urgencia inaplazable. Y viene ahora el análisis de las actitudes de los dirigentes cristianos en esos países. Según Rubio, las soluciones, que esos hombres propugnan, son inoperantes ante la realidad americana. Unos no acaban de concretar las fórmulas oportunas. Otros niegan la posibilidad revolucionaria. Menos valor todavía tienen otras soluciones. No podemos juzgar con detalle la exactitud de estas afirmaciones. Preferimos fijarnos en un paréntesis, casi perdido en el artículo, que puede dar materia de interesantes reflexiones.

Muchos —dice Rubio— alegan que en países pobres poco se puede repartir: Pues bien: se puede repartir la pobreza. Totalmente de acuerdo. Y en ese deseo de repartir pobreza, o lo que haya, se nos antoja que está el comienzo de toda auténtica revolución. Deseo y, antes, comprensión de que así tiene que ser. De que es absurdo que unos lo tengan todo y otros no tengan nada. De que es inconcebible, desde cualquier punto de vista, que unos tiren millones en diversiones, pongamos por caso, mientras otros no tienen un pedazo de pan que llevarse a la boca. Y ésta es la realidad ameri-